

FRANCIA HEREDA EL MITO Y EL TESORO DE PICASSO

RAMON CHAO

imposibilidad de venderlos al extranjero, etc., o bien acogerse a la solución de la "dación", que, al contrario, retiraría las obras donadas del mercado, dándole más valor a las que les quedaban a ellos.

Así se pudo crear este ex-

DADME un museo, que yo lo llenaré". Después de su muerte, y gracias al previsor mecanismo jurídico de la "dación", se ve colmado este deseo de Picasso, y Francia puede enorgullecerse de poseer la más extraordinaria, completa y esclarecedora colección que existe y pueda existir en el mundo de la obra del demiurgo malagueño.

Es decir: 229 óleos, 140 esculturas, 85 cerámicas, 1.496 pasteles, "collages" y dibujos, 33 cuadernos de dibujos, 1.622 grabados, 35 volúmenes ilustrados e innumerables documentos.

Al lado de esto palidece el Museo de Arte Moderno de Nueva York, con sus 85 picassos, y de lejos —desde su niñez— se puede evocar el museo de la calle de la Montcada, de Barcelona. "Es como si se hubieran descubierto varios pozos de petróleo en Romorantin", escribe el semanario "L'Express".

Romorantin es un símbolo para designar el subdesarrollo económico francés. Antes de que le cayera este maná, también en materia picassiana estaba subdesarrollada Francia. Hasta el año 1954, el Estado francés sólo poseía un cuadro de este artista, que vivía en su suelo desde hacía medio siglo y que estaba considerado como uno de los más importantes en la historia del arte universal. Avaro y circunspecto, el Estado francés parecía esperar regalos y dones, pues la cotización de los picassos no cesaba de subir y hacía imposible la adquisición de un conjunto válido y homogéneo de su obra. No andaban descaminados los franceses, ya que en los últimos decenios de su vida el pintor donó un buen lote —más de doce— de sus mejores cuadros al Museo de Arte Moderno de París.

Y en 1966, cuando se organizó la monumental retrospectiva de su obra en el Grand Palais, que tanto le halagó, Picasso había insinuado que dejaría sus cuadros a los museos de Francia. Pero en aquellos momentos la Administración francesa cometió un error tan monumental como la exposición: expulsar a Picasso de su estudio del muelle de Grands Augustins, de París, en el que no vivía ni trabajaba desde hacía muchos años, pero que conservaba, como todos los estudios por los que había pasado, lleno de cuadros y de recuerdos. Allí había pintado el "Guernica". Después de su expulsión, Picasso rechazó la Legión de Honor, no volvió a hablar de la donación al Estado francés y le retiró la amistad a André Malraux, entonces ministro de la Cultura, que le había prometido solucionar el problema.

Pero Malraux recuperaría su obra para Francia. En 1968 establece el sistema de la "dación", una ley que autoriza a los herederos de un artista a pagar los derechos de sucesión con obras de arte.

Antes de morir, Picasso había designado dos herederos, su esposa, Jacqueline, y su hijo legítimo, Paul, que moriría poco después. Paul deja, a su vez, dos nuevos herederos del tesoro picassiano, Marina y Bernard.

Mientras tanto, tres hijos adulterinos de Picasso, Paloma, Maya y Claude, entablan un proceso y lo ganan, de modo que en lugar de los dos herederos iniciales, el número es ahora de seis, con lo que aumenta la parte del Estado, que alcanza ya la tercera parte de la comunidad.

Cuando en 1973 murió Picasso, después de una noche dedicada al trabajo, deja a sus herederos más de 60.000 obras de un valor de



"Desnudo en un sillón rojo" (París, 1929).

1.251.673.200 francos. El que sepa, que multiplique esta cantidad por 14,50 y le saldrá el valor astronómico, en pesetas, de la herencia picassiana.

Los herederos de Picasso tienen dos soluciones: pagar al Estado francés la tercera parte de esta cantidad, lo que les obligaría a vender gran parte de la obra, con la inevitable consecuencia de una inundación de picassos en el mercado del arte y la disminución de sus cotizaciones, la

traordinario Museo Picasso, con obras seleccionadas por el propio pintor.

Se sabía que Picasso guardaba sus mejores lienzos, que coleccionaba picassos y que, incluso, compraba cuadros suyos que echaba de menos en sus colecciones. Pocos pintores han podido hacer esto. Pero Picasso, desde su juventud, fue un pintor famoso, al abrigo de los apuros económicos, y dispuso pronto de una fortuna considerable. Desde sus primeros años parisienses

se convirtió en cierto modo en su propio "marchand", con la ayuda a veces de Kanweller. Así, en el momento de su muerte se hallaba en posesión de 1.850 cuadros suyos y más de 30.000 dibujos.

Este tesoro se hallaba dis-

obra de arte. De vez en cuando volvía a esos lugares del pasado para comprobar que todo seguía en su desorden, y cuando ya estaba instalado en Mougins enviaba a su fiel Sabartés en ronda de inspección.

El Estado francés inicia una selección entre las obras, y los herederos separan las que desean conservar. Ambas partes llegan a un acuerdo razonable, y en el mes de agosto de 1978 se vacían las cajas fuertes del Banco y las salas de los castillos de las obras de Picasso. Unas se las llevan los herederos y otras se amontonan en los sótanos del Museo de Arte Moderno de París, en espera de su instalación definitiva en el futuro Museo Picasso, que se situará en el palacete de Salé, en el barrio de Marais, y que se exponen ahora hasta el 7 de enero en el Petit Palais de París.

Lo que resulta absolutamente asombroso es pensar que Picasso supo seleccionar para su museo póstumo las obras indispensables para diferenciar sus etapas sucesivas. Hay algo de premonitorio o de diabólico en esto. Ya sus padres, con una presciencia del más allá, habían guardado sus cuadernos de la escuela, sus obras de niñez en La Coruña, haciendo posible ese gran museo de Barcelona. Labor continuada luego por él, de modo que no existe pintor con una obra tan homogénea, tan aclaradora, concentrada únicamente en dos museos.

La primera impresión es la de un extraordinario desbarajuste ordenado en bloques cronológicos: infancia, clasicismo, cubismo, retorno al realismo, etc., un esfuerzo para organizar de forma coherente la obra de un hombre, cuya vida consistió en romper los moldes, en multiplicar los actos incomprensibles y desconcertantes en todas las direcciones y en todos los terrenos, de quien practicó como nadie "la ciencia del hurto lícito", como dijera Goethe, y también liquidador de todo lo que le fuera contemporáneo: "Hay que matar el arte moderno para crear otro nuevo", decía.

Los cuadros más antiguos de esta exposición datan de 1895, cuando Picasso tenía catorce años. Son de un clasicismo riguroso. De 1911 a 1912 figura la "Naturaleza muerta", con los primeros

"collages". La "Guitarra", de 1926, hecho con tela de saco y con cuerdas; "La Crucifixión", de 1930, imagen de formas dislocadas, de un expresionismo grotesco y dramático, y más cerca de nosotros, el matissiano "Estudio de Canes" y "Las masacres de Corea". Todas estas obras, importantes en su evolución, y realizadas en circunstancias muy precisas, demuestran que Picasso no sólo era un provocador, sino también un "encontrador" ("yo no busco, encuentro"), que elaboró su obra con un rigor ejemplar.

No está, evidentemente, el **Guernica**, pero sí muchos cuadros que sirvieron de preparación a este grito desesperado, como lo es la "Mujer llorando", de 1937, un retrato-denuncia (Dora Maar), donde se expresa todo el dolor humano.

Falta "Las señoritas de Avignon", mas no la serie de estudios que lo precedieron, cuadros en los que ya no se trata de cuerpos, de dibujo o de pintura, sino de formas, de volúmenes, de geometría angular y de líneas espesas y seguras. Aquí aparecen las máscaras herederas del arte negro, y la Naturaleza retraída a su verdad primitiva.

Las últimas salas están dedicadas a la escultura, con el "Hombre y cordero", "La cabra", etc. La libertad de Picasso va pareja con la apabullante explosión de sexo y de amor que se produjo al iniciar los noventa años de su vida: una vez más, se entabla en él la eterna dialéctica entre la serenidad de la plenitud formal y la ruptura. Y en esto la película de la creación de Picasso que es esta colección nos demuestra que tanto como las obras maestras son importantes, las otras, incluso las mediocres, añicos de un espejo destrozado que reflejan lo que Picasso fue y no fue.

No fue ni revolucionario, ni anarquista, ni iconoclasta por el mero hecho de "épater", sino que estuvo angustiado por la muerte y por el otro fin que hubiera significado la conclusión de sus angustias. ■

De forma premonitoria, incluso diabólica, Picasso supo seleccionar para su museo póstumo, en París, las obras indispensables para poder diferenciar sus sucesivas etapas.



"La flauta de Pan" (Antibes, 1923).

perso en varios lugares. En la central de un gran Banco parisiense, la BNP, y en los sucesivos estudios y viviendas que poseyó. Porque cuando se mudaba de vivienda o de estudio, Picasso nunca vaciaba el alojamiento. Cerraba la puerta, dejándolo tal y como estaba, y se iba al nuevo aposento. Quedaba todo en un desorden apocalíptico, en el que él sabría encontrar el papel pautado, la caja de cerillas, el periódico recortado que habría de convertir en

Se hallaban los cuadros, pues, en el piso de la rue de la Boétie, en París, donde había vivido con Olga Kolkhova; en el de los Grand Augustins, de los recuerdos de Dora Maar ("siempre la he visto llorando"); en su propiedad de Vauvenargues, en el Mediodía francés, donde reposa ahora en un castillo del siglo XIII; en su chalet de Cannes, "La California", y en su último domicilio de Mougins, donde vivió desde 1961 con Jacque-